

Coincidió con la triunfante difusión de la poesía castellana en Portugal un movimiento análogo, aunque menos intenso, en aquella parte de la corona de Aragón cuya lengua nativa era la catalana, es decir, en Cataluña misma, en Valencia y en Mallorca. Pudiera creerse á primera vista que la unión de estos reinos con el de Castilla debió de hacer más activa allí la propaganda de nuestra lengua y literatura, puesto que tanto lo era en el reino occidental de la Península, no sólo independiente, sino inveterado enemigo de los castellanos y leoneses. Pero precisamente sucedió lo contrario, debiendo atribuirse este fenómeno á la diferencia mucho más profunda que media entre el habla catalana y la castellana que entre la castellana y la portuguesa, lo cual hacía mucho más difícil el uso promiscuo de ambas; y á la circunstancia de haber poseído Cataluña en la Edad Media una literatura mucho más adulta y variada que la de Portugal, siendo precisamente el siglo xv el de su apogeo, á lo menos en el campo de la poesía, puesto que el de la prosa más bien corresponde al xiv, en que florecieron sus principales cronistas, Desclot y Muntaner, y sus grandes escritores enciclopédicos, Ra-

món Lull y Eximenis. Pero á la centuria siguiente pertenecen el principal monumento de la prosa novelesca (*Tirant lo Blanch*); el mayor poeta lírico, Ausias March, superior al Petrarca en profundidad de sentimiento aunque no en la forma, que es muchas veces árida y escolástica; el mayor satírico, Jaime Roig, cuyo *Llibre de les dones* puede considerarse como eslabón intermedio entre el Arcipreste de Hita y la novela picaresca; y el iniciador resuelto del gusto clásico, y precursor inmediato de Boscán, Mosén Ruiz de Corella.

Claro es que una literatura tan robusta no podía ceder de un golpe á ninguna invasión extraña, si bien comenzaban á notarse en ella síntomas de decadencia. El movimiento poético, que nunca fué muy grande en la antigua Barcelona, y que siempre arrastró allí la vida artificial de los certámenes, había cesado casi del todo á fines del siglo xv, sin que dejasen de contribuir á ello las largas turbulencias civiles del reinado de Don Juan II, y la decadencia social y mercantil de la ciudad, que notaron viajeros contemporáneos, entre ellos Alonso de Palencia. El movimiento poético se había concentrado en Valencia, que era la Atenas de la corona de Aragón. Valencianos son todos los poetas dignos de mayor renombre en esa centuria.

Pero precisamente Valencia estaba mucho más abierta que Barcelona á la influencia del castellano, que penetraba por las tres fronteras de Aragón, de Cuenca y de Murcia, invadiendo las vegas del Segura y del Júcar (1). Además, antiguos lazos históricos, nunca olvi-

(1) Ha de tenerse en cuenta, también, que aunque en el reino de Valencia predominó el elemento catalán, y por tanto

dados del todo, establecían cierto género de fraternidad entre los castellanos y los hijos de la alegre ciudad que se gloriaba de haber sido reconquistada por el Cid antes de serlo por D. Jaime. Los vínculos con Cataluña no eran tan estrechos como pudiera creerse por la comunidad de raza y de lengua, y en los últimos tiempos se habían aflojado no poco, á causa de ser Valencia reino aparte y regido por diversas instituciones. Pero más que todas estas causas influyó una puramente fonética. El catalán sonaba en aquellas risueñas playas de un modo muy diverso que en las ásperas gargantas pirenaicas, y los labios que le modulaban podían sin grande esfuerzo adaptarse á la emisión de los sonidos castellanos. Valencia estaba predestinada para ser bilingüe, y lo fué muy pronto, y con mucha gloria suya y de la patria común. No abandonó la lengua nativa, pero cultivó amorosamente la castellana, y durante todo el siglo de oro fué uno de los centros más activos de la literatura nacional, compartiendo las glorias de Salamanca y de Sevilla. Sus poetas líricos rivalizaron con los mejores: sus poetas dramáticos, más bien que discípulos de Lope, fueron colaboradores en su obra, y acaso precursores suyos.

Ya á principios del siglo XVI era muy cultivada la poesía castellana en Valencia. Basta abrir la primera

la lengua, no fueron pocos ni de pequeña consideración los lugares poblados por aragoneses, y en ellos siempre se ha hablado el castellano: así Aspe, Elda, Monforte y Callosa de Segura (en la actual provincia de Alicante), Cheste, Chive y Buñol (en la de Valencia), Segorbe, Albocacer y Lucena (en la de Castellón). Prescindimos de Orihuela y Villena, que aunque pertenecen hoy al reino de Valencia, geográficamente y por otras razones corresponden más bien al de Murcia.

edición del *Cancionero General*, hecha en aquella ciudad en 1511, para cerciorarse de ello. El primer ingenio cuyos versos aparecen allí es un valenciano, Mossén Juan Tallante, de quien hay diez y seis composiciones, todas de índole religiosa, siendo las más extensas una *Obra en loor de las XX Excellencias de Nuestra Señora*, en coplas de arte mayor, muy semejantes en el estilo á las del cartujano Juan de Padilla; y otra *Sobre la libertad de Nuestra Señora del pecado original*, también en dodecasílabos, pero combinados en un nuevo género de estancias de doce versos, que no deja de tener amplitud y solemnidad. Pero lo mejor de Tallante son los versos cortos, especialmente el bello y sentido romance de la Pasión:

En los más altos confines  
D' aquel acerbo madero...

y esta invocación mirando á un crucifijo, la cual agrada por su misma sencillez y ausencia de arte:

¡Inmenso Dios perdurable,  
Qu' el mundo todo criaste  
Verdadero,  
Y con amor entrañable  
Por nosotros expiraste  
En el madero!  
Pues te plugo tal pasión  
Por nuestras culpas sufrir  
¡O *Agnus Dei!*  
Llévanos do está el ladrón  
Que salvaste por decir  
*Memento mei!*

Otros versos suyos *al triunfo de la Cruz* son notables porque contienen la misma leyenda que sirvió de base á Calderón para su grandioso drama simbólico *La Si-*

*bila del Oriente*. La lengua en Mosén Tallante no es enteramente pura; pero más bien que catalanismos ó valencianismos (aunque hay algunos como *vinclé, cangre*), lo que se nota en él son latinismos y neologismos pedantescos, y aun á veces bastante impropiedad y torpeza de expresión.

El Conde de Oliva, mecenas del colector Hernando del Castillo, sigue las huellas de Mosén Tallante, en unas coplas de arte mayor sobre el *Ecce homo*, dispuestas también en estancias de á diez versos, pero con la novedad de ser pareados los finales: disposición que encontramos también en un *Loor de San Eloy*, compuesto por Nicolás Núñez, el continuador de la *Cárcel de Amor*, que, si no era valenciano, por lo menos residía en Valencia (1). Hay también del Conde tres canciones amorosas, una ficción alegórica en forma de diálogo con un ermitaño, dos respuestas á otras tantas preguntas de los trovadores Quirós y Mossen Crespi de Valldaura, y otros juguetes de poca monta. Llamóse este personaje D. Seraphin de Centelles († 1536), y aunque hubo otros poetas en su familia, parece, por el tiempo en que floreció, que á éste ha de referirse el elogio de Gil Polo en el *Canto del Turia*:

Paréceme que veo un excelente  
Conde, que el claro nombre de su *oliva*  
Hará que entre la extraña y patria gente,  
Mientras que mundo habrá, florezca y viva:  
Su hermoso verso irá resplandeciente  
Con la perfecta lumbré, que deriva  
Del encendido ardor de sus *Centellas*,  
Que en luz competirán con las estrellas.

(1) Véase lo que hemos dicho de él en el tomo anterior.

Entre sus contemporáneos tuvo mucho crédito, así de armas como de letras. Según refiere Juan Bautista Agnesio (1), se le llamaba entre los magnates de su tiempo «el conde letrado» (*comes litteratus*). Militó en la guerra del Rosellón y en la resistencia contra los tumultos de la Germania; y á sus campañas alude Nicolás de Espinosa, continuador del *Orlando* (canto 5.<sup>o</sup>):

Su brazo contra Salses diamantino  
Con gran valor y fuerzas señalaba.

Fué generoso protector de los ingenios de su tiempo, si bien no se mostró muy espléndido con el cordobés Luis de Narvaez, que en desagravio escribió su libro *de las valencianas lamentaciones*. En cambio, el excelente versificador latino D. Jaime Juan Falcó, le dedicó un bello epitafio (2).

Mejor poeta que Tallante y Oliva fué el comendador Escrivá, de quien en el tomo anterior dimos larga noticia. Omitió su nombre Gil Polo en el *Canto del Turia*, acaso por considerarle catalán; pero se acordó con mucho encarecimiento de Mossén Crespi de Valldaura,

(1) En su *Apologia in defensionem virorum illustrium equestrium; bonorumque civium Valentinarum in civilem Valentini populi seditionem, quam vulgo «germaniam» olim appellarunt*. (Valencia, 1543, fol. 18.) Estas y otras noticias de D. Seraphin constan en las notas de Cerdá y Rico al *Canto del Turia* de Gil Polo.

(2) Es el ep. 37 del libro I de sus obras:

Hunc tumulum quicumque videt, vestigia sistat,  
Inclinetque suum terque quaterque caput.  
Purpureas posthec violas et lilia fundat,  
Spargat odoríferas et super ossa rosas.  
Scilicet hac parva tegitur *Seraphinus* in urna,  
Quae quamvis auro sardonisque caret,  
Non foret aethereis pretiosior urna sub astris,  
Si tegeret mores marmor, ut ossa tegit.

otro de los ingenios del *Cancionero*, diciendo de él con la hipérbole propia de tales panegíricos poéticos:

Que el verso subirá á la excelsa cima,  
Y ha de igualar al amador de Laura.

No justifican tales predicciones los insignificantes versos suyos que nos conservó Castillo, y son en general preguntas y glosas. Sólo merece citarse, porque realmente es muy linda, esta *esparsa*, «conortando una »dama, que estaba muy triste, porque un galán que la »servía se era casado:

Las aguas terribles y nieblas oscuras  
Muy presto se vuelven en muy claros días;  
Las guerras crueles é malas venturas  
Por tiempos se mudan en paz y alegría:  
El ave que mata la garza en el cielo,  
A su seno vemos muy mansa volver:  
Pues, dama discreta, vivid sin recelo;  
Que presto veréis tornar el placer.

Aunque escribiendo casi siempre en castellano, conocía y apreciaba Mossén Crespi á los poetas de su lengua nativa, como lo prueba el hecho de haber glosado una canción de Mossén Jordi de Sent Jordi (1).

Descendía este D. Luis de la nobilísima familia de su apellido, á quien pertenecía el señorío de Sumacárcer y Alcudia en la ribera del Júcar. En 1502 era ca-

(1) Imitó también poesías castellanas de su tiempo, como el precioso villancico de Juan del Enzina, «*Montesina era la garza*». La trova de Crespi de Valldaura, que es muy inferior, comienza así:

Tan subida va la garza  
Y tan alta en desamar,  
¡Quién la pudiese olvidar!

tadrático de Cánones en la Universidad de Valencia, y fué electo rector en 1506.

Figuran también como poetas castellanos el comendador D. Luis de Castellví, D. Francisco Castellví, Don Francisco Fenollete, D. Francés Carroz, Mosén Jerónimo Artés, Mosén Cabanillas y un D. Alonso de Cardona, de cuya ilustre prosapia catalana no puede dudarse. Algunos de estos trovadores manejan con bastante soltura la castiza forma del romance, y aun D. Alonso de Cardona se atrevió á acabar á su manera, esto es, en el gusto cortesano y sentimental, uno que califica de *viejo*:

Triste estaba el caballero,  
Triste está sin alegría...

En el mismo género tiene otro, enteramente de su composición, más afectuoso y menos alambicado de lo que suelen ser estos romances alegórico-amatorios, que tan en boga estuvieron en tiempo de los Reyes Católicos:

Con mucha desesperanza,  
Que es mi cierta compañía,  
Iba por un valle oscuro  
Donde nunca amanecía...

Del comendador Castellví tenemos otro muy semejante:

Caminando sin placer  
Un día, casi nublado,  
El pesar iba conmigo  
Que me tiene acompañado...  
Por los campos de Tristura  
Hacia el monte del Cuidado;  
Que allá tengo mi morada  
Y allá vivo aposentado.

Nada más difícil que caracterizar á estos poetas, tanto por el pequeño número de muestras que de cada uno poseemos, como por lo amanerado y monótono de la escuela á que todos ellos pertenecen. D. Alonso de Cardona (1) maneja con soltura el discreto galante, por ejemplo :

Mi alma de mí está ausente,  
Mis nuevas no las sé yo,  
Que después que me dexó,  
Allá está con vos presente;  
Vos verés lo que ella siente.

Lo mejor que tiene en este género es una glosa á cierta canción que hizo Jerónimo Vich en loor de la Condesa de Concentaina. Á veces extrema la hipérbole amorosa, comparando, por ejemplo, el desconsuelo en que le dejó la partida de su dama

Con aquel propio dolor  
Que tienen los condenados  
En no ver su Hacedor.

Aunque calificados por Amador de los Ríos de aragoneses D. Francés Carrós Pardo y Mosén Jerónimo de Artés, no encuentro sus nombres en la *Biblioteca de Latassa*, y todos los indicios me mueven á tenerlos por valencianos.

La principal composición de D. Francés es una visión del género dantesco, que puede titularse *Consuelo de amor*, en la cual «finge que, paseándose por des-»cansar de sus trabajos, halló gran número de perso-

(1) De otro Cardona (D. Juan) hay unas coplas en loor de doña Isabel, doña Brianda y doña Ana Mazas (núm. 927 del *Cancionero*).

»nas de estado, en los gestos de las cuales conoció al-  
»teración grande que denotaba en las entrañas ser  
»cruelmente heridos; y deseoso de saber lo que no sa-  
»bía, comenzóles de hablar en esta manera, y ellos le  
»respondieron de la forma que aquí parecerá», y de la cual hago gracia al lector, que estará tan empalagado como yo de semejantes *visiones*, que sólo el incansable Amador era capaz de compendiar y exponer en su atildado estilo.

Glosó D. Francés una canción de Juan Rodríguez del Padrón, y escribió lindos versos á una dama con el motivo que en esta rúbrica se expresa : «Estando en »una sala delante de una señora, arrimado á un paño »de ras, mirándole la señora, y conociendo en su »rostro que debiera estar apasionado, le dixo : «¿Soys »vos la pintura del paño, ó soys vos el que yo veo?» »El, con una sonrisa, disimuló la respuesta; entonces »ella, sabiendo que había servido á una muy hermosa »dama, le dixo : «Decidme, ¿puedese bien amar más »del primer amor?» Á la cual respondió que no, si ella »era la primera, y porque ella mostró enojarse de la »respuesta, él haze esta obra» (núm. 910 del *Cancionero*). Una sola composición tiene en octavas de arte mayor, por cierto bien construidas :

El túbido cielo de nubes gravoso  
Se haze muy claro, sereno, estrellado;  
Son hechas las iras de mortal desgrado,  
Segura amistad y paz con reposo :  
El árbol sin hojas floresce hermoso,  
Los campos desiertos las gentes poblaron,  
Las cosas caídas en alto se alzaron,  
Mis cuitas por siempre me tienen quexoso.

En el mismo metro, pero con la nueva combinación

de estancias de diez versos (que pudiéramos llamar *valenciana*, puesto que no la he visto usada antes de estos poetas), está compuesto otro poema alegórico-dantesco de Jerónimo de Artés intitulado *Gracia Dei*. Perdido el poeta por obscuro valle, se encuentra con siete bestias ferocísimas, que eran los siete pecados capitales, de cuyas embestidas le libra un *mancebo en hábito blanco*. Lo que hay de trivial en este artificio está compensado en parte con el mérito del estilo y de la versificación, que son vigorosos y entonados.

Un cierto Trillas, de quien nada más que el nombre sabemos, se asoció á Mosén Crespi de Valldaura, para llorar con poco numen la muerte de la Reina Católica en unas enfadosas *sextinas*, las primeras castellanas que he visto en esta ingrata combinación que de los provenzales pasó al Petrarca. Los seis finales se repiten en cada estrofa, pero los versos no son de once, sino de doce sílabas, como todos los metros largos del *Cancionero* de 1511.

De D. Francisco Fenollete ó Fenollet (seguramente deudo del traductor catalán de Quinto Curcio) y del jurado de Valencia Mossén Narcís Vinyoles, más conocido por su traducción de la célebre compilación histórica de Fray Felipe de Bérnago, *Supplementum Chronicorum* (1510), hay algunas glosas, canciones y preguntas. Mosén Vinyoles hizo también versos italianos (1), y como trovador en su nativa lengua intervino en el famoso *Procés de les Olives*, dejando también

(1) De las tres poesías suyas que hay en el famoso certamen de *Les obres e trobes, les quals tracten de lahors de la Sacratissima Verge Maria* (1474), primer libro impreso en Valencia y en España, una de ellas está en toscano.

poesías de más grave y honesto argumento, como las *Cobles en lahor de la gloriosa sancta Catalina de Sena*, publicadas con la vida de la Santa que escribió Miguel Peres (1494). Mereció de Gil Polo esta mención en el *Canto del Turia*:

Y al gran Narcís Viñoles, que pregona  
Su gran valor con levantada rima,  
Texed de verde lauro una corona... (1)

Mejor la hubiera merecido Mossén Bernardo Fenollar, á quien el mismo Gil Polo compara nada menos que con Virgilio, y de quien sin disputa puede afirmarse que fué el mejor poeta valenciano de su tiempo,

eclesiastich  
molt graciós y molt fantastich  
y molt sabut,  
y entre la gent molt conegut  
per excellent,  
de molt gentil enteniment  
y singular,  
Mossen Bernat de Fenollar...

como escribió de él su amigo Gazull. Nada importan

(1) Glosó Narciso Viñoles una canción que en todo el siglo XVI tuvo mucha fama, y que todavía alcanzó la honra de ser imitada por Baltasar de Alcázar:

No soy mio, ¿cuyo só?  
Tuyo soy, señora, tuyo,  
Y si no tuyo, di cuyo,  
Señora, puedo ser yo:  
¿Tu merced á quien me dió?  
(Núm. 928 del *Cancionero*.)

Las redondillas del donoso poeta sevillano comienzan así:

Esclavo soy, però cuyo  
Eso no lo diré yo:  
Que cuyo soy me mandó  
Que no diga que soy suyo.

sus versos castellanos (que se reducen á una canción y á dos preguntas), pero no es indiferente saber que los hizo. Su verdadera gloria consiste en los que escribió en su dialecto natal, ya de materia piadosa, como el diálogo sobre la Pasión que compuso con Pedro Martínez (1), poema casi dramático, y que tiene algunos pasajes de gran fuerza patética, dignos de ser comparados con los mejores del auto castellano de Lucas Fernández sobre el mismo argumento; ya de profanos y aun picarescos asuntos, como el ya citado pleito ó *Procés de les olives*, cuyo tema es si son más á propósito para el matrimonio los jóvenes ó los viejos. Uno de los que terciaron en esta contienda fué el ingeniosísimo Jaime Gazull, á quien debemos *Lo Sompni de Joan Joan*, que es lo más agudo y chistoso del libro, y la *Brama dels llauradors del Orta de Valencia* contra Mossén Fenollar, porque les reprendía algunos vocablos como improprios ó menos puros (2). Gracias á estos amenos poetas, cuyo donaire se perdió las más veces en cosas fútiles, persistió durante todo el siglo XVI la

(1) *Histoire de la Passió de nostre Senyor Deu Jesuchrist, ab algunes altres piadoses contemplacions, segons lo Evangeliste Sant Joan* (Valencia, por Jayme de Vila, 1493). Al fin va otro poemita piadoso intitulado *Contemplació á Jesús Crucificat, feta per Mossen Joan Escrivá, mestre racional, é per Mossen Fenollar*.

(2) Reunió estas tres obrillas Onofre Almudévar en un tomito publicado en 1561. La primera edición del *Procés* es de 1497. Tuvo varias imitaciones, tales como el *Procés de viudes y doncelles*. La sátira de Gaspar Guerau contra los catedráticos de la Universidad de Valencia, en el metro de Roig, impropriamente llamado *codolada*, es de 1586. Este poeta llevó la admiración, por su modelo, hasta el punto de traducir en verso latino el *Llibre de les dones*.

tradición de la festiva musa de Jaime Roig, siendo quizá Gaspar Guerau de Montmajor el último de sus imitadores, cada vez más castellanizados.

Es de notar que tanto Fenollar como Gazull y otros poetas bilingües, jamás hacen uso del verso de once sílabas en sus composiciones castellanas, aunque estuviesen tan habituados á emplearle en su propia lengua; y esto no sólo en la poesía elevada, donde era casi exclusivo; sino hasta en la familiar y festiva, puesto que vemos, por ejemplo, que en *Lo Sompni de Joan Joan* se interpolan con las coplas de pie quebrado estancias de diez endecasílabos con el obligado acento y pausa en cuarta sílaba, conforme al uso de la métrica catalana. Cualquiera de estos poetas hubiera podido dar el paso que dió Boscán, y, sin embargo, ninguno de ellos lo intentó; y es que, cuando escribían en castellano, procedían como imitadores tímidos, procurando no desviarse en nada de la pauta de sus modelos. Así Gazull glosa una copla amorosa de Jorge Manrique:

No sé por qué me fatigo,  
Pues con razón me vencí,  
No siendo nadie conmigo  
Y vos y yo contra mí...

Y sigue el pésimo ejemplo de Garci-Sánchez de Badajoz, aplicando el salmo *De profundis* á sus pasiones de amor.

En un poemita del bachiller Ximénez (que si no era valenciano, no debía de vivir muy lejos de Valencia), titulado *Purgatorio de amor* (núm. 964 del *Cancionero*), se enumeran, entre los leales amadores, algunos de los poetas citados hasta aquí, y otros no-

bles señores de aquel reino, que probablemente lo fueron también, aunque no hemos visto coplas suyas: tales son el Conde de Concentayna, el de Albaida, Don Rodrigo de Borja, D. Rodrigo Corella, D. Miguel de Vilanova, D. Juan y D. Pedro Buyl, D. Luis de Calatayud, D. Ramón Carroz. Todos estos apellidos, que son de los más ilustres de Valencia, prueban el carácter esencialmente aristocrático que tuvo allí, como en Portugal, la imitación de los trovadores castellanos.

Foco y centro de esta rezagada escuela trovadoresca, que conservó sus prácticas hasta muy entrado y aun mediado el siglo XVI, fué la corte de los Duques de Calabria, retratada tan al vivo en *El Cortesano* de Luis Milán, que, como poeta y como músico, fué uno de los principales ornamentos de ella, juntamente con su émulo Juan Fernández de Heredia. Éste figura ya en el *Cancionero* de 1511; pero sus obras más importantes y la colección de todas ellas pertenecen á tiempos muy posteriores, para los cuales reservamos el análisis de este curioso grupo artístico y social.

Hemos dicho que en Barcelona fué menos activa que en Valencia la propaganda de la poesía castellana. Sin embargo, ya en el *Cancionero de Stúñiga*, cuyo contenido pertenece casi por completo al reinado de Alfonso V, hay versos castellanos de trovadores catalanes, como Mosén Juan Ribelles, y el famoso detractor de las mujeres Pedro Torrellas (1). No son de poeta catalán, como creyó su editor, sino aragonés, las nota-

(1) Véase el prólogo del tomo V de esta ANTOLOGÍA (páginas 285 á 288).

bles estancias de arte mayor (1) con que en 1472 *el cronista del príncipe D. Fernando* exhortaba á la ren-

(1) Este poema de 225 versos fué publicado y doctamente ilustrado por A. Morel-Fatio, en la *Romania*, Abril de 1888, con el título de *Souhais de bienvenue adressés á Ferdinand le Catholique par un poète barcelonais, en 1473*. Rectificó la fecha y ocasión del poema, y también la patria del autor, S. Sempere y Miquel en la *Revista de Ciencias históricas* de Barcelona (IV, 188 y siguientes).

Ya Morel-Fatio, en el delicado análisis lingüístico que hizo de la pieza, había notado que la mayor parte de los catalanismos que contiene pueden ser también formas del castellano dialectal de Aragón. Sería inverosímil, además, que un escritor barcelonés, y más en aquella hora en que predicaba la concordia, hubiese prorrumpido contra su ciudad natal en una serie de invectivas, que recuerdan las más vehementes de Ezequiel y otros profetas de la Ley Antigua:

¡Pues qué diré yo de tí, Barcelona,  
Ciudad más pérdida de cuantas lo son?  
Sino que trocaste tu noble corona  
Por otra muy negra de gran confusión;  
Cruel, deshonesta, que por tus maldades  
Ficiste peccado de gran adulterio,  
Seguendo pasiones de tus voluntades,  
Buscando franquezas de más libertades,  
Tú mesma ganaste mayor cautiverio.

.....  
La dueña casada, muy rica, potente,  
Donosa, graciosa, de mucho valer,  
Que ser namorada de alguno consiente,  
La llaman la sucia, la mala mujer;  
Dexando su casa, después de salida,  
La ponen de dentro del sucio bordel,  
No muchos rufianes, gastando su vida,  
La facen con pena vivir dolorida  
Y darle dineros en són del broquer.

.....  
Mas no le provecha, que mil bufetadas  
Y palos y coces le dan por los ojos,  
También otras veces asaz sofrenadas,  
Azotes y golpes con otros enojos.  
Sus incomparables, terribles dolores,  
Su mucha fortuna, su poca ganancia  
Le causan que busque diez mil amadores  
Y andar la modorra, buscando señores  
De Portugaleses, Castilla, de Francia...

Hállase tan desaforada composición en el manuscrito 305 del fondo español de la Biblioteca Nacional de Paris.



dición á la ciudad de Barcelona, después de la sangrienta y porfiada guerra civil de los diez años, formulando en noble estilo una especie de programa de política monárquica :

Con armas en guerra, en paz con las leyes  
Se quieren los reynos, Señor, conservar,  
Mas ¡guay de la tierra do todos son reyes,  
Do todos presumen regir e mandar!  
Un Dios en el cielo, un Rey en la tierra  
Se debe por todas las gentes temer.  
Quien esto no teme, comete gran yerra;  
Por quanto do tanta malicia se encierra  
No pueden los reynos, Señor, florecer.

Pero al tiempo de los Reyes Católicos pertenece un poeta indisputablemente catalán, y por añadidura catalán del Rosellón, que escribió en nuestra lengua la mayor parte de su *Cancionero*, y es el más digno de ser citado antes de Boscán. Llamóse Pedro Moner : su libro es de los más raros de la poesía española. Las noticias biográficas del autor constan en una carta, á modo de dedicatoria, escrita por Miguel Berenguer de Barutell, primo hermano del autor ya difunto en 1529, á D. Hernando Folch, duque de Cardona.

«Las obras de Moner, primo hermano que fué mío, como yo mejor las he podido haber á mis manos, he acordado, muy ilustre Señor, de poner por orden y enmendallas y hacer que se imprimiesen. Hame movido á esto la obligación de deudo que con él tuve. De quienquiera hubiera lástima que se perdieran, cuanto más de un pariente tan cercano, que la honra de un ingenio que en la vida tanto floreció no era razón que en la muerte donde había de crecer se perdiese... El

en todas sus cosas vivió ganando honra, y así es razón que agora después de muerto no se la quitemos siendo tan suya...

»Nacido en tiempo que enemigos tenían cercado el castillo de Perpiñán y su padre dentro y todos los suyos sufriendo los trabajos y peligros del cerco por servicio del Rey don Johan de Aragón, padre del Rey Católico, de edad de diez años le recibió el Rey por paje, al cual no sirvió más de seis años, porque el Rey se murió; fuése luego después desto á Francia y sirvió allí dos años á un gran señor de aquel Reino, adonde aprendió la lengua francesa, y vuelto anduvo en las galeras del Conde de Prades cerca de año y medio para probar su fortuna, porque había perdido su patria y sus bienes por servicio de su Rey : sucedió después la guerra de Granada y fuese allá porque vió cuán buena obra era servir en tal necesidad á Dios y á su príncipe. Después, recebida alguna merced del Rey Católico, vino á Barcelona y asentó con el Duque de Cardona, padre de Vuestra Señoría. En este tiempo amó una señora de su tierra con tanta verdad, que basta para descargo de las liviandades que suelen traer los amores. Después de haber andado en esto mucho tiempo, probada su persona así en hechos de esfuerzo como en otras obras de virtud y de honra, y en fin, menospreciando el mundo, de edad de veintiocho años se metió fraile en la religión de San Francisco en el Monasterio de Jesús en Lérida, á donde con mucha constancia y alegría hizo penitencia. Murió en esta casa de Barcelona de la misma Orden, á do vino por serle más natural, y parece que no sin misterio, porque murió al cabo del año ó poco más el día mismo